



GOBIERNO DE CHILE
Ministerio de Educación

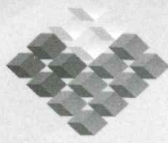


LECTURAS PARA EDUCADORES DE UNA ESCUELA DE ANTICIPACIÓN

Gabriel Castillo Inzulza



PROGRAMA ASEGURAMIENTO DE LOS APRENDIZAJES BÁSICOS



GOBIERNO DE CHILE
Ministerio de Educación



CPEIP

LECTURAS PARA EDUCADORES DE UNA ESCUELA DE ANTICIPACIÓN

Gabriel Castillo Inzulza



PROGRAMA ASEGURAMIENTO DE LOS APRENDIZAJES BÁSICOS

Gabriel Castillo Inzulza **Lecturas para Educadores de
una Escuela de Anticipación**

Representante Legal Carlos Eugenio Beca Infante,
Director del Centro de
Perfeccionamiento,
Experimentación e
Investigaciones Pedagógicas
(CPEIP) Ministerio de Educación.

Diagramación Portada Patricio Ponce Reyes

Editor Responsable Judith Figueroa Ibarra

Imprenta Maval

CPEIP, Casilla 18 correo 52,
Lo Barnechea. Camino Nido de
Águilas N° 14557, Lo Barnechea.
Fonos: 4881505, 4881506/
Fax 4881509
E-mail: cpeip@mineduc.cl
www.mineduc.cl
Centro de Perfeccionamiento,
Experimentación e Investigaciones
Pedagógicas
Lo Barnechea, Santiago,
Chile, 2008

ÍNDICE

	Página
Presentación	
Lecturas	
La mariposa y el niño.....	7
Satanás.....	8
Juan de Mata.....	10
Boecio.....	12
Manuel.....	19
¿Dónde está mi Escuela 10?.....	25
La lectura que buscaba el jardinero.....	27
Saber leer.....	33
Comentarios	
La mariposa y el niño.....	36
Satanás.....	37
Juan de Mata.....	39
Boecio.....	41
Manuel.....	43
¿Dónde está mi Escuela 10?.....	45
La lectura que buscaba el jardinero.....	47
Saber leer.....	48

PRESENTACIÓN

Las lecturas que aparecen en la publicación presente han sido elaboradas por el profesor Gabriel Castillo para ser trabajadas en los cursos con los docentes en los que se ha reflexionado sobre el sentido de la lectura en una Escuela Básica de Anticipación.

Como se sabe, la propuesta de una Educación de Anticipación en la Escuela Básica del profesor Gabriel Castillo busca hacer, de la Escuela Básica, un ámbito de educación que no sólo se atenga a los usos y valores de la sociedad vigente sino que, por sobre todo, se empeñe en vivir, ya, ahora, de alguna manera, a la luz de la más alta justicia de la sociedad esperada.

La propuesta de una Escuela Básica de Anticipación pretende una Escuela Básica que, en vez de replicar la selectividad de la sociedad vigente, se esfuerce por anticipar la universalidad de la sociedad que se espera.

La propuesta sostiene que una Escuela Básica es sólo una sede de una Educación Básica cuando se compromete con la educación de todos sus alumnos. El “todos”, la universalidad de la atención, es una señal clave de que se está atendiendo la necesidad y el derecho de todo niño a un mínimo de educación escolar, mínimo que la sociedad ha puesto a cargo de la Escuela Básica. En la medida que esa Educación Básica asegura aprendizajes fundamentales, el niño o la niña pueden transitar sin mayores dificultades por los demás niveles de educación.

Además de la universalidad de la Educación Básica, la propuesta de una Educación de Anticipación agrega otras tres igualmente poderosas señales:

- El trabajo centrado en saberes fundamentales y no en el saber enciclopédico.
- La preeminencia del aprender sobre el enseñar. No importa qué y cuánto se ha enseñado sino qué y cuánto se ha aprendido.
- La unidad del aprendizaje de los saberes y del aprendizaje de la construcción de la justicia.

En el tratamiento de estos temas, el profesor Castillo utiliza diversos medios entre los cuales están las lecturas que se dan a conocer en esta publicación.

Los comentarios a las lecturas que aparecen en la segunda parte de la publicación han surgido del diálogo con los docentes participantes en los cursos sobre Educación de Anticipación, es decir, de las opiniones de los profesores los que a su vez han suscitado las reflexiones del autor.

Finalmente, parece conveniente expresar un comentario adicional:

La primera y la última lectura no parecen encontrarse por azar al comienzo y al término de las demás lecturas. Da la impresión de que ambas buscan afirmar lo difícil que es y, al mismo tiempo, lo necesario

que es el saber leer cuando se atiende a la vida de las personas y a la vida de los demás seres de la naturaleza.

El comentario final sobre el sentido de “saber leer” invita a reflexionar sobre la enseñanza de la lectura, especialmente al afirmar el niño lector del texto que “se lee mejor, que en verdad se lee, cuando se conversa con otro lo que se ha descubierto en lo leído”.

Estamos ciertos, al presentar esta publicación, a nombre del Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas que ayudará a muchos profesores a redescubrir el sentido de la enseñanza y aprendizaje de la lectura y a sus estudiantes a pensar y descubrir nuevos mundos.

Carlos Eugenio Beca Infante

Director

Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e
Investigaciones Pedagógicas

LECTURAS

LA MARIPOSA Y EL NIÑO

Un niño tomó una mariposa. “Eres linda”, le manifestó.

Replicó la mariposa: “Si un gigante te atrapara y te hiciera saber que eres bonito, ¿te gustaría?”.

“No”, respondió el niño y soltó la mariposa.

La mariposa se posó sobre una planta. Le preguntó al niño: “¿Soy linda, ahora?”.

“¡Sí!”, exclamó el niño.

Concluyó la mariposa: “Ahora los dos somos lindos y libres”.

SATANÁS

En un colegio, y ante un curso de enseñanza media del que yo era profesor de castellano y profesor jefe, leía en voz alta un poema. Ponía un especial acento porque los versos me gustaban y porque deseaba trasladar mi entusiasmo a los alumnos.

Pero, justo en el momento que percibí culminante, rompió el hechizo la voz de uno de ellos que, en voz baja, dijo algo a otro. Fue una frase callada y breve pero provocó en mí tal molestia que, perdido el juicio, le grité: “Cállate, Satanás”. Después, mientras el curso seguía en silencio, procuré terminar con más tranquilidad la clase.

Allá adentro, una voz interior me amonestaba: “Eres el profesor, el modelo humano para tus alumnos; además, ya no eres adolescente, tienes más años y deberías mostrar una mayor madurez. Tu enojo te dominó y te llevó a gritarle, a un muchacho de 14 años, el nombre del mismísimo demonio. ¿Cómo pudiste llamar así a un niño?”.

“¿Sabes qué tienes que hacer? En el recreo, busca al muchacho y pídele excusas. Duele. Sí, duele; pero si quieres realmente ser ese hombre de justicia que pugna dentro de ti, atrévete, cómete tu vergüenza, pídele perdón”.

Sonó la campana del recreo. Salieron los alumnos de la sala. Tomé lentamente el libro de clases y me fui al patio. Busqué al alumno. Estaba a unos 50 metros y me miraba. No parecía molesto. Eso me dio alguna tranquilidad y me dispuse a llamarlo. Pero no, él corría hacia mí. Llegó, me dio un fuerte abrazo y dijo apresuradamente: “Gracias, profesor, gracias, soy “Satanás”. Y antes que yo atinara a nada, prosiguió: “Ya no soy más “Fuentealba”. He entrado, por fin, en el grupo de los que usted quiere, se acabó el “Shane”, “el gran Duque”, “el Porki”, y “Fuentealba”. No, ahora, seremos el “Shane”, “el gran Duque”, “el Porki” y “Satanás”. Gracias, profesor, ahora sé que también tengo un nombre para usted”. Me dio de nuevo un abrazo y se fue saltando como quien ha recibido, por fin, una muy anhelada noticia.

JUAN DE MATA

Cuando llegaba el verano y los niños no íbamos a la escuela, las madres de mi calle iban con sus niños a las fiestas religiosas que se celebraban al atardecer.


Para nosotros los niños, era una entretención pues todo ocurría en horas en que, durante el tiempo escolar, estábamos ya guardados en la casa.

Una noche, después de volver de la iglesia, mi madre contó que las señoras de la parroquia le habían pedido, al señor cura, que hablara con Juan de Mata porque, al cantar, desordenaba el canto de los demás.

Yo nada comenté porque mi madre sabía que todos los niños de esa calle queríamos a Juan de Mata. Era un hombre que trabajaba en fletes, que tenía mucha fuerza física y una gran voz. Nos llamaba, a veces, a los niños, para que le aclaráramos lo que decía un texto escrito. Era un gigante que no sabía leer.

Desde aquel día, todos los niños de la calle nos íbamos con nuestras madres a la iglesia y luego nos ubicábamos cerca de Juan de Mata.

La tarde en que advertimos que el párroco, al terminar el servicio religioso, se dispuso a hablar con Juan de Mata, todos nosotros nos pegamos a nuestro gigante y así pudimos asistir al diálogo con el párroco.

- 
- Hermano Juan de Mata, las señoras de la parroquia me han solicitado que le pida a usted que no cante en la iglesia. Reconocen que usted es un hombre de cuya religiosidad no hay duda. Lo lamentable es que, al cantar, su voz es tan poderosa que apaga las demás voces de la gente que también quiere alabar al Señor.
 - Eso dicen las señoras, anotó Juan de Mata.
 - No sólo, replicó el cura. Yo también creo que su voz opaca la voz de los demás feligreses. Y, no sólo por su fuerza; en ocasiones su voz también tiene sus desentonos.
 - Y Dios, el Señor, ¿qué opina? preguntó Juan de Mata.
 - No lo sé, contestó el cura. Yo le he dado a conocer a usted las opiniones de las señoras y también la mía propia.
 - Bueno, pero a mí me interesa saber qué opina el Señor, insistió Juan de Mata, total yo no le canto ni a usted ni a las señoras de la parroquia; yo le canto al Señor.

Le ruego que usted, que es sacerdote, recabe, del Señor, su opinión. Si él dice que no le cante más como yo le canto, dejo de cantar altiro.

BOECIO

Personajes por orden de aparición:

Profesora	Tito
Mauro	Boecio
Lía	Julia

Profesora : Buenos días. ¿Cantemos?

Mauro : Buenos días, profesora.

Los demás : Buenos días, señorita.

Profesora : ¿Cantemos?

Lía : De acuerdo; pero antes, cuéntenos un cuento.

Todos : Sí, sí. ¡Cantemos y contemos cuentos!

Profesora : Bien. Contaré un cuento.

Tito : Tres. Que sean tres cuentos.

Profesora : Bien, pero al final, cantamos.

Lía : Totalmente de acuerdo.

Profesora : Voy a contar tres cuentos tradicionales:

«Los tres cerditos»

Un lobo molestaba a tres cerditos hermanos. Les decía que les botaría sus casas. Uno de los cerditos, para evitar problemas, se construyó una firme casa de cemento y ladrillos. Los otros siguieron con sus casas de ramas.

Llegó el lobo y empujó las casitas de ramas y éstas se cayeron. Huyeron los cerditos y entraron en la casa firme de su hermano.

Vino el lobo; pero, por más que empujó, la casa ni se movió siquiera. Avergonzado, se fue. Adentro, los tres hermanos celebraron su victoria.

Mauro : Es bonito el cuento; pero muy corto.

Profesora : **«El patito feo»**

Una pata tuvo varios patitos, todos hermanos; pero uno era más torpe, más grande que los otros y su cuello era muy largo. Lo llamaron «el patito feo».

Como nadie lo quería, el patito feo se fue a recorrer otros lugares. Caminó mucho y tenía mucha hambre.

El tiempo pasó y un día el patito feo llegó a una laguna y, ¡gran sorpresa!, había patos iguales a él. ¡Mamá!, gritó uno de ellos, ¡aquí hay un cisne!

Vino la mamá cisne y exclamó llena de alegría: «Es el hijito que perdí recién nacido». Se abrazaron todos, comieron y jugaron felices en la laguna.

Lía : Me gustó este cuento, es tierno.

Profesora : **«Caperucita Roja»**

Una mamá tenía una niña a la que, por vestir una caperuza de color rojo, la llamaban «Caperucita Roja». Un día, la mamá la mandó con un pequeño cesto a llevar un pastel a la abuelita.

Pero, en el bosque, apareció un lobo quien le preguntó a dónde iba. Caperucita le respondió que a casa de la abuelita.

El lobo corrió adelante y llegó a la casa de la abuelita. Ésta, al verlo, se escondió.

El lobo fue al dormitorio, se puso la ropa de la abuelita y se metió en la cama.

Llegó Caperucita y, al ver tan rara a la abuelita, le preguntó:

- «¿Por qué tienes los ojos tan grandes?»
- «Para mirarte mejor», contestó el lobo.
- «¿Y las manos tan grandes?»
- «Para acariciarte mejor», respondió el lobo.
- «¿Y esa boca tan grande?»

- «Para comerte mejor», alcanzó a decir el lobo cuando, en ese momento, llegó un cazador y el lobo huyó hacia el bosque. Salió la abuelita de donde se había ocultado y, con Caperucita y el cazador, tomaron un rico té y comieron el pastel.

Terminado el tercer cuento. Cantemos.

(Cantan una canción conocida de todos)

Tito : Ahora, que Boecio cuente un cuento.

Mauro : Sí. Que Boecio cuente.

Profesora : ¿Quieres contar un cuento, Boecio? Puede ser uno de los que yo conté u otro que tú conozcas.

Boecio : Bien. Un lobo molestaba a un patito. Le decía que era feo y que le iba a botar su casa.

Mauro : No. Estás enredado. El lobo molestaba a los cerditos. El patito feo no se encontró nunca con un lobo.

Lía : Tampoco tenía casa.

Boecio : (A la profesora.) ¿Puedo seguir?

Profesora : Por cierto. Boecio está contando un cuento. Escuchémoslo.

Boecio : Un día el patito entró en un bosque.

- Tito** : ¡Esa es Caperucita!
- Boecio** : Y se encontró con la abuelita.
- Mauro** : (Ríe con ganas.) Es todo al revés.
- Lía** : (También riendo.) Caperucita entró en el bosque y se encontró con el lobo.
- Tito** : La abuelita esperaba en su casa.
- Boecio** : Me pidieron que contara un cuento.
- Profesora** : Es verdad. Boecio está contando su cuento.
- Lía** : Es que está enredando los cuentos que usted contó.
- Profesora** : Es una sorpresa. Boecio no dijo que iba a contar los cuentos que yo conté.
- Mauro** : Es que son los mismos, sólo que enredados.
- Julia** : Tiene razón la profesora. Le pedimos a Boecio que contara un cuento y él está contando un cuento. Yo no veo que enrede los otros cuentos. Él se entretiene contando un cuento suyo. A mí no se me había ocurrido inventar un cuento con pedazos de otros cuentos.
- Tito** : Si se mira así, tiene razón Julia. (A Boecio.) Sigue, Boecio.

- Boecio** : La abuelita se había perdido en el bosque cuando le llevaba un pastel al lobo.
- Mauro** : ¿La abuelita le llevaba un pastel al lobo? ¿Comen pasteles los lobos?
- Boecio** : Comen. El patito feo sacó a la abuelita del bosque y cuando llegaron a la laguna...
- Julia** : ¡Ahí estaba el lobo!
- Boecio** : ¡Justo! Ahí estaba el lobo paseando en bote con tres cerditos.
- Lía** : Entonces el patito le entregó el pastel.
- Boecio** : Le entregó el pastel, le presentó a la abuelita.
- Tito** : Y el lobo le presentó a los cerditos.
- Boecio** : ¡Ustedes se saben el cuento!
- Lía** : ¿En algún momento, el patito le dijo al lobo que tenía la boca muy grande?
- Boecio** : Sí. Cuando el lobo se echó a la boca la mitad del pastel que le regaló la abuelita.
- Julia** : Pero habrá compartido la otra mitad.
- Boecio** : Sí. Le dio un trozo a cada uno.

- Mauro** : Era amistoso el lobo.
- Boecio** : Amistoso.
- Tito** : Pero igual molestaba al patito.
- Boecio** : Lo hacía por jugar. Sabía que el patito era un cisne. Y sabía que no tenía casa sino una laguna.
- Julia** : Lo molestaba queriéndolo.
- Boecio** : Como ustedes a mí. No me dejaban contar el cuento, pero me querían. ¿O no?
- Julia** : Es así, Boecio.
- Profesora** : Es así.
- Tito** : Es verdad, es así.
- Profesora** : Ahora entiendo bien por qué, a ustedes, les gusta tanto el contar y el escuchar cuentos.

MANUEL

Una tarde, fui con otros niños a deambular por un barrio que no conocíamos. Todo iba bien; pero, de pronto, y sin saber cómo, la pelota con que íbamos jugando saltó hacia el jardín de una casa desconocida. Alguien nos dijo que era la casa del obispo don Manuel.

Miramos hacia dentro. No había nadie y no se sentía ningún ruido. Luego de un instante de preocupación, por decisión de mis compañeros, entreabrí el pesado portón de hierro y me acerqué, al jardín, cuidadosamente. Tomé la pelota. Y entonces, se oyó una voz: “Niño, ¿qué quieres?”. Enmudecí. Era el obispo. Era don Manuel. “Señor – balbucí- se vino hacia adentro la pelota. No supe a quién avisar y entré a sacarla.”

- ¿Cómo te llamas?
- Mo, señor.
- ¿Mo? ¿Así no más?
- Así me llama mi madre y así me llaman todos.
- ¿Y los de afuera andan contigo?
- Si señor, son amigos míos.
- Muy bien. ¿Estás en la escuela?
- En la Escuela 10, señor.
- ¿Qué te gusta más en la escuela?

- El jugar y el leer.
- ¿Te gusta leer?
- Sí, harto.
- ¿Qué lees?
- El Peneca. Heráclito, uno de los amigos que están allá afuera compra todas las semanas El Peneca y todos lo leemos con él. También he leído libros que hay en la escuela.
- ¿Recuerdas algún libro?
- Corazón, La cabaña del tío Tom, Robinson Crusoe.
- Ya no estás en la escuela. Estarás de vacaciones.
- Sí señor. Por eso andamos jugando por estos lados.
- Ahora que no estás en la escuela, ¿qué vas a leer?
- El Peneca. Y después a jugar.
- Yo tengo libros. Si un día quieres leer y no puedes conseguir un libro, vienes para acá.
- Gracias, señor.

Caminé hasta el portón de salida. “Muchas gracias” repetí, “muchas gracias”. Y, presuroso, me alejé con mis compañeros del lugar.

Los días pasaron. Mis amigos salieron con sus padres de vacaciones. Yo no salí. Me quedé sin El Peneca y sin amigos para jugar.

Una tarde, cansado de pasar el día sin mis compañeros de juego, la soledad me acorraló y tan desesperado me sentí que opté por ir a la casa del obispo a pedir que me dejara ver sus libros. Me lavé lo mejor que pude, me puse la ropa más limpia que encontré y partí.

Al llegar, la casa del obispo estaba ahora llena de gente. Entré. Un sacerdote me preguntó qué quería. “Al señor obispo, a don Manuel”, respondí. “¿Te citó?” “Sí”, barboté yo, tragando saliva. “¿Tu nombre?”, “Mo”.

Ingresó el sacerdote y a los pocos minutos apareció. “Que pases”. Entré. El obispo escribía. Levantó su cabeza. “Eres el de la pelota”, indicó. “Dime en qué te puedo ayudar”. “En los libros, señor”, confesé. “Deseo ver los libros que usted tiene”. Apuntó con su mano hacia una sala. “Allí, señaló, allí hay libros. Anda a mirar. Yo tengo que seguir trabajando porque este escrito debo entregarlo en dos horas más y estoy atrasado”.

Entré a la sala de los libros. La sala era limpia y soleada. Con una gran cantidad de libros de hermosas empastaduras y en claros anaqueles. Me detuve ante un conjunto de textos, todos al parecer iguales, y en cuyos lomos había una sola y extraña palabra: “Shakespeare”.

Me limpié las manos en el pantalón para no manchar nada y, trémulo, saqué uno de los libros. Lo abrí, lo hojeé con cuidado. La letra era grande, las imágenes cautivadoras. Hablaba de un gran guerrero: "Coriolano". Lo empecé a leer y leí y leí y no pude parar. Cuando acabé, quedé suspendido. La historia terminaba mal. Pensé: "A este hombre le faltó un amigo".

Estaba sentado en silencio frente al libro ya cerrado pero al que no había ubicado todavía en su sitio, cuando entró el obispo. Tomó el texto y me dijo.

- Has empezado por –pronunció un nombre así como "Shéxpia". ¿Qué has leído?
- Coriolano.
- ¿Te gustó?
- Mucho, pero me dejó una cosa enredada. Hermosa; pero con muchas puntas que no me dejan en paz.

Tomó, el obispo, el libro. Lo colocó en el anaquel y me invitó: "Vamos a tomar té. Se te pasará un poco la pena".

Fui. Además de don Manuel, estaba el sacerdote que me había recibido en la puerta. Yo tomé el té en silencio. Ya no me asustaba tanto la casa del obispo. Me preocupaba más mi encuentro con Shakespeare. Don Manuel me presentó al sacerdote. "Este es Francisco, si quieres venir de nuevo a leer, pregunta por Francisco y él te traerá a la biblioteca. Cada vez que termines de leer un libro, lo pones en el mismo sitio en el que estaba cuando lo

sacaste. Me avisas a Francisco o a mí y tranquilamente te vas. Si deseas tomar té y nosotros no estamos, tú hablas con la señora que trajo el té, se llama Mercedes, y te vas después de tomar el té”.

Desde ese día empecé a visitar asiduamente la biblioteca. Leía y leía y leía sin parar. No pedí té. Lo tomaba solamente cuando el obispo y el padre Francisco me invitaban. En verdad ni el obispo ni el padre Francisco ocupaban ya el primer lugar. Este era ocupado enteramente por Shakespeare. Cuando, después de largos días, terminé todo Shakespeare, no leí nada más. No volví a la biblioteca. Me quedé como esas personas que comen y comen sin descanso y que luego necesitan quedarse un espacio sin comer.

Pero, un tiempo después, al no tener ni a mis amigos ni a Shakespeare, fui de nuevo a la biblioteca de don Manuel.

Don Manuel me preguntó:

- ¿Has leído todo Shakespeare?
- Sí. Y andan dentro de mí Hamlet, Macbeth, el rey Lear.
- Y Coriolano.
- Sí. Fue el primer héroe de Shakespeare que conocí. Yo me meto demasiado en los libros y la soledad de este guerrero me traspasó. Me habría gustado estar ahí. Hubo un mundo hermoso que él no llegó a advertir.

- Lo triste sería que tú o yo tampoco percibiéramos el mundo hermoso que el héroe no pudo ver.
- Usted vive ese mundo que Coriolano no vio. Usted tendría que haber sido amigo de él.
- Pero como yo soy amigo tuyo y tú amigo de él, yo soy amigo de los dos.

En ese momento, decidí incorporar, al obispo don Manuel, en mi lista de amigos. Por cierto que, en la conversación, lo trataría de “señor obispo” o de “Don Manuel”; pero, en mi intimidad, lo llamaría simplemente “Manuel”.

Tiempo después, logré entrar en un colegio para hacer allí mi educación secundaria.

El primer día de clases, el profesor de Castellano pidió, a cada niño del curso, que nombrara, en voz alta, los libros que hasta entonces había leído. Al llegar mi turno, nombré primero los libros de la escuela y, cuando terminé diciendo “y todo Shakespeare”, estalló en risa el profesor y, con él, el curso entero.

Yo los comprendí: ¿cómo podían saber, el profesor y los niños del curso lo que le había pasado a un niño que, buscando con quién jugar, por una travesura de Dios, se había encontrado con Manuel y con Shakespeare?

¿DÓNDE ESTÁ MI ESCUELA 10?

La escuela en la que hice mis estudios primarios se llamaba la Escuela N° 10, la Escuela Superior de Hombres N° 10.

Ya adulto, fui a verla. No está. No es que la hayan refaccionado. No, no está. Allí mismo, donde estaba mi escuela, había ahora una empresa dedicada a una actividad automotriz.

Nada había quedado. Ni la muralla de ladrillos de su fachada, ni sus ventanas con rejas, ni su patio interior con jardines en cuyos corredores jugábamos en los días de invierno.

No estaba el patio de más adentro, ese patio de maicillo en el que jugábamos a las bolitas y en donde realizábamos todas esas transacciones de venta y cobro de monas, o láminas de artistas, que nos daban los mayores cuando nos ofrecíamos para comprarles sus cigarros.

No estaba el pequeño corredor bajo cuyo escaso alero nos daban el ulpo rico y caliente del invierno.

Por cierto que tampoco estaban las salas de clases. No estaba mi sala de clases con su piso de tablas bajo las cuales corría un canal.

No está la escuela 10, la sacaron, completa.

Me han dicho que varias cuadras al norte, hay otra escuela N° 10. No la he ido a ver. Es otra escuela N° 10, no es la mía, la mía no está.

¿Sabrá la gente lo que hace cuando saca una escuela entera de su lugar?

LA LECTURA QUE BUSCABA EL JARDINERO

Siempre me ha costado entender lo que es la lectura. Me pasa como con el mar. Cada vez que me enseñan algo sobre ese enorme montón de agua, sé más del mar; pero el mar sigue interminable.

Voy a recordar, ahora, lo que me enseñó Felipe, un jardinero a quien le pedí me ayudara en el cuidado de mis árboles.

El día que hablé con Felipe, luego de acordar el precio de sus servicios, me agregó la petición de una lectura de la Biblia durante diez minutos.

El primer día de trabajo, se produjo el siguiente diálogo:

- ¿Cómo vamos a leer la Biblia?
- Yo no sé leer. Usted lee.
- ¿Nunca fue a la escuela?
- Fui. Pero no aprendí ni Lectura ni Castellano.
- ¿Qué era Lectura? ¿Qué era Castellano?
- Lectura: hacer hablar las letras, Castellano era algo mucho más difícil.
- ¿Sería algo así como saber qué era un sustantivo?
- Eso. Pero no me lo explique. No lo aprendí antes y no creo que lo vaya a aprender ahora.

- Bien. Como usted quiere diez minutos de lectura bíblica, ya le puedo recordar que el gran sustantivador, el primero que creó sustantivos, fue Adán.
- ¿Adán?
- ¿No creó Dios toda clase de plantas y animales?
- Así fue.
- ¿Les puso un nombre? ¿Le dijo a uno tú te llamarás “cordero”? ¿Le dijo a otro te llamarás “león”, tú, “trigo”, tú, “zapallo”?
- No pues. Le encargó a Adán que les pusiera nombre. ¡Qué increíble! He vivido odiando la palabra “sustantivo” y ahora voy a terminar queriéndola porque el que le puso los nombres a las cosas, el que inventó los primeros sustantivos, aparece en la Biblia, el libro que yo quiero.
- Y, si usted no sabe leer, ¿cómo vamos a leer la Biblia?
- Como me está enseñando el pastor de mi iglesia. Usted hace hablar las letras, yo veo lo que dicen. Yo elijo un pedacito de la Biblia. Usted lee lento, pronunciando bien cada palabra. Si sale una palabra que no sé, le pido que me diga dónde está esa palabra y usted me muestra esa palabra, me la lee y lee y me dice lo que significa. Después, en mi casa, yo leo y leo ese pedazo –ese trozo, dirá usted- hasta que lo leo bien y lo entiendo bien.

- Así que usted le mira la cara a cada letra y a cada palabra, las mira hasta que ya las reconoce, hasta que ya no le son más desconocidas, hasta que son caras que usted ya ha visto antes.
- Sí, pues. (Muestra unos tornillos) Mire estos tornillos: éstos son de una pulgada, éstos de pulgada y media, éstos de dos pulgadas, éstos son roscalatas...
- No me enseñe eso tan ligero.
- Ese es el punto. Usted no tiene problemas con las letras y con las palabras. Yo no tengo problemas con los tornillos. Uno no los distingue a la primera; pero de tanto trabajar con ellos ya los conoce bien. Lo mismo ha de pasar con las palabras. Todo pide tiempo y ese tiempo no se puede saltar.

El tiempo corrió después,
corrió el tiempo sin cesar,
yo, para allá, para aquí,
yo, para aquí, para allá,
para allá, para aquí,
para aquí para allá.

Nicolás Guillén

“El tiempo corrió después”. Felipe ya tiene varios años de escolaridad. Ya lee muy bien. Ahora él me enseña a leer a mí.

Un día:

- Muy callado lo veo. Lleva más de una hora, en esa silla, mirando al cielo.

- Tengo que dar una clase en una universidad y ando buscando un tema.
- Hable de la comprensión de la lectura.
- ¿Y cómo hago eso?
- Como lo hace mi pastor.
- Hagamos una experiencia: usted hace de pastor y yo de Felipe.
- De acuerdo. Cuénteme la historia de José. Usted tiene únicamente que mostrarme que leyó la historia de José y que la entendió. Nada más. No le ponga ningún agregado.
- Jacob, el patriarca de Israel, tenía doce hijos. Entre ellos, sentía un especial afecto por José quien, por su juventud, vivía más cerca de él. Esta preferencia producía gran molestia en sus hermanos mayores. Los hermanos mayores trabajaban en el campo pastoreando sus rebaños.

Un día, Jacob le pidió, a José, que fuese al campo a ver a sus hermanos por si necesitaban algo. Fue José y, al verlo, unos hermanos dijeron que había que matarlo. Otro no estuvo de acuerdo y propuso dejarlo en un pozo que estaba seco; pero un hermano, viendo venir una caravana de mercaderes que viajaban a Egipto, propuso venderlo a esos mercaderes. Así lo hicieron. Lo vendieron en... présteme la Biblia para precisar en cuántas monedas lo vendieron (busca en la Biblia) a ver, a ver, aquí está, “en veinte monedas de plata”. Diez monedas

menos y no más de las treinta por las que fue vendido Jesús.

- ¿Esto último sale en la historia de José?
- No, no sale; pero me es imposible no ver el paralelo de la historia de José con la historia de Jesús.
- Ese mismo es mi problema con el pastor. Él quiere que lea únicamente la historia de José; pero yo le digo que no puedo porque conozco de antes, y la conozco bien, la historia de Jesús. Y la historia de José es la misma historia de Jesús, sólo que, con otras cosas que pasan y con otras personas.
- Sí. José es el amado por el padre, el entregado por sus hermanos, el vendido en monedas de plata, el que todos creen que murió pero está vivo, el que vive para salvar a sus hermanos. ¿Recuerda cuando le dice a los hermanos, en Egipto, que no se preocupen por haberlo vendido porque “para salvar vidas me envió Dios delante de ustedes”?

Fui a la Universidad invitante y conté esta historia. Y me vine. Cuando me encontré de nuevo con el jardinero el diálogo fue breve.

- ¿Cómo nos fue?
- Nos fue bien. Hablé de lo que nos pasa a nosotros cuando leemos algo.
- Es lo que había que hacer – me apoyó- y volvió a su trabajo.

SABER LEER

Me habló un niño: “No sé leer”.

Escribí con el dedo en el suelo:

- ¿Qué dice aquí?
- “El trigo crece”.
- Sabes leer.
- No. No sé leer. ¿Qué quiere decir “El trigo crece”?
- ¿Conoces el trigo?
- Sí, es una planta delgada que termina en una espiga tibia, clara, como tarde de sol. Con ella se hace el pan.
- Se hace el pan cuando el trigo crece.
- ¿Quién lo hace crecer?
- La tierra, el agua, el sol, el aire, el cuidado del sembrador.
- Y su propia voz.
- Sabes leer.
- Conversando lo leído, leo mejor.

COMENTARIOS

“LA MARIPOSA Y EL NIÑO”

El texto tiene pocas pero relevantes pretensiones:

1. Intentar un ejemplo de síntesis: Una historia contada con claridad y con un mínimo de palabras.
2. Dar cuenta de un diálogo sin el habitual uso del verbo “decir”, “Yo le dije”, “Él me dijo”.
3. Advertir que los seres hermosos no sólo son seres hermosos. Son también seres libres. Ellos son lo que son cuando se les deja vivir su hermosura y su libertad.
4. Recordar que los seres humanos necesitan aprender a cuidar la vida, la vida de los seres humanos y la vida de sus hermanos menores, los seres no humanos que están en la naturaleza.

“SATANÁS”

Satanás destaca dos hechos centrales: el esfuerzo de un profesor por acercarse a lo que quiere llegar a ser y el mundo sorpresivo de un alumno que ve una expresión de afecto en el sobrenombre que, empujado por la ira, le ha puesto, el profesor.

El profesor de Lenguaje lee en voz alta un poema que le agrada. Hace bien. Si él quiere que sus alumnos lean bien en voz alta, tiene que mostrar él mismo cómo se lee bien en voz alta. Si quiere que ese poema les guste a los alumnos, tiene que mostrar, él primero, el agrado que produce esa lectura.

El profesor siente que está haciendo bien su trabajo; por eso le produce molestia la desatención de un niño. Su enojo es comprensible. Lo que no es tan fácil de comprender es la palabra con que amonesta al niño. Por lo mismo, se entiende la desesperanza que sufre ante ese duro nombre que ha puesto a uno de sus alumnos.

Sin embargo, se atreve a pedir perdón. Y aquí viene una sorpresa. El niño no está apenado; al contrario, está feliz y, curiosamente, está feliz por el sobrenombre que ha recibido del profesor.

En su particular lectura de los hechos, el niño había advertido que el profesor llamaba con un mote determinado a los alumnos por los que sentía mayor aprecio. A los que apreciaba menos, los trataba por su apellido. El niño no tenía un mote puesto por el profesor. Él era solamente Fuentealba. Por eso su gran alegría.

Para el profesor, él ya no será más Fuentealba. De ahora en adelante, para ese ser que admira, él será Satanás.

Por cierto que el propósito del texto no está ni en el apoyo del uso de los sobrenombres ni en la oposición a ellos. El tema no es el sobrenombre.

Satanás quiere mostrar lo que puede ocurrir en la intimidad de una persona cuando alguien, por quien siente admiración y afecto, le da una particular denominación.

Pedro, el discípulo de Jesús, no se llamaba Pedro. Su nombre era Simón. "Pedro", "Piedra", "Roca", fue el sobrenombre con que lo llamó el maestro.

“JUAN DE MATA”

Juan de Mata va a la parroquia a cantarle a Dios. Pero su voz no les gusta a las señoras pues dicen que su fuerza apaga las voces de los demás. Su canto tampoco es del agrado del párroco quien estima que la voz del trabajador en fletes, en momentos, es desafinada.

Juan de Mata no responde a estas objeciones; tampoco critica el modo de cantar de los demás. Juan de Mata sólo sostiene que él ha venido a cantarle a Dios y que es Dios quién tiene que decirle si recibe o si no recibe su canción.

Hay personas que no cantan. Alguien sufre de un mal en sus cuerdas vocales; muy a pesar suyo no puede cantar.

Otras personas cantan hasta que alguien les dice que su voz es poco grata, o excesivamente alta, o muy baja, o que desafina: después no vuelven a cantar.

Hay algunas personas que cantan cuando están solas; no cantan delante de otras. El cantar es, en ellas, un goce a escondidas, a puerta bien cerrada.

Y hay otras personas que cantan porque quieren cantar, porque necesitan cantar, porque quieren comunicar lo que hay adentro de ellas, porque desean no sólo entregar lo que quieren sino, si les es posible, derechamente proclamarlo.

A algunas de estas personas, a quienes les gusta cantar, les cuesta cantar con otras. Las otras personas

pueden cantar muy bajo o muy alto o con desgano. A estas personas les gusta cantar cuando los otros se le parecen, cuando todos cantan con dulzura o todos cantan con fuerza, cuando todos sienten un mundo similar de entusiasmo y de esperanza.

A Juan de Mata le gustaba cantar con quien fuera. Sólo quería que se cantara con ganas.

Juan de Mata amaba su trabajo y, en las calles, lo escuchara alguien o nadie lo escuchara, le cantaba a sus caballos, a su carro de mudanzas, al hecho de estar vivo y de tener trabajo. Y, sea que hablara o cantara o rezara, todo lo hacía en voz alta, metía, en todas las formas de relación, esa fuerza y esa alegría abierta y segura que, él pensaba, el propio Dios se la había regalado. A veces los niños del barrio se pegaban a él y seguían su cantar; él, feliz, los instaba a cantar con más ganas.

Treinta años después de esta historia, uno de los niños de aquel entonces, al subir una montaña, sintió un conjunto de voces que, en algún lugar, cantaba. Fue hacia ese lugar. Eran muchachos y muchachas que, con todas sus ganas, cantaban ante una ermita. Las voces eran seguras y poderosas. El adulto de ahora, el niño de aquel entonces, no pudo evitar un sentimiento: Juan de Mata debía haber estado aquí.

“BOECIO”

1. La historia empieza con un curso escolar en el que una profesora quiere cantar y los niños quieren oír y contar cuentos. El desajuste tiene una solución primera con una transacción: “¡Cantemos y contemos cuentos!”.
2. La profesora narra cuentos conocidos. Los niños se entretienen porque les gusta escuchar cuentos. En los cuentos hay personajes malos y personajes buenos. Al final triunfan los buenos. Los malos siguen siendo malos.
3. Los niños prefieren otros cuentos. Son los cuentos que narra uno de los compañeros del curso que se llama Boecio.
4. El nombre del niño no deja de ser curioso. Es el mismo nombre del filósofo romano que vivió a fines del siglo V y comienzos del siglo VI, que escribió el libro “De la consolación de la filosofía”.
5. El niño de la escuela que lleva el mismo nombre del filósofo romano toma los mismos cuentos narrados por la profesora y, con ellos, crea un cuento nuevo. Son los mismos personajes y las mismas historias de los cuentos entregados por la profesora; pero, ahora, hay más sorpresas, más entretenimiento, más alegría y, sobre todo un sentido más esperanzador de la vida. El lobo no es malo, es un animal parecido al lobo de Gubbio, el lobo amigo de Francisco de Asís.

6. Al comienzo, da la impresión de que sólo la maestra y Julia comprenden la intención de Boecio; pero luego otros niños adivinan esa intención y, al final, parece que todos han aceptado el camino que Boecio les ha querido mostrar.

7. La conclusión de la profesora parece ser clara: "Ahora entiendo bien por qué, a ustedes, les gusta tanto el contar y el escuchar cuentos".

“MANUEL”

La historia termina con la tranquila apreciación del niño ante la risa que, tiempo después, en la escuela secundaria, provoca su declaración de haber leído a todo Shakespeare: “¿Cómo podían saber, el profesor y los niños del curso lo que le había pasado a un niño que, buscando con quién jugar, por una travesura de Dios, se había encontrado con Manuel y con Shakespeare?”.

¿Cuál pudo ser, para el niño, la travesura de Dios?

Es una lástima que el niño no haya explicado a qué le ha dado el nombre de “travesura de Dios”.

Lo único que sabemos es que, para él, esa travesura fue buena porque le habría permitido encontrarse con dos seres que él estimó valiosos, Manuel y Shakespeare.

Pero, ¿por qué, a ese encuentro valioso, lo habrá considerado una travesura y una travesura de Dios?

¿Qué sería, para el niño, una travesura?

¿Cuál encuentro con Manuel pudo ser visto, por el niño, como una travesura de Dios? ¿El primero? ¿El segundo? ¿Los dos?

¿Qué rol jugó Coriolano en ese encuentro del niño con Shakespeare?

¿Qué rol jugó Coriolano en ese encuentro del niño con Manuel?

Si ninguna de las preguntas anteriores lo conduce, a uno, a descubrir lo que el niño denominó “una travesura de Dios”, ¿cuál pregunta o cuáles preguntas habría que hacerse para llegar a ver, con más claridad, cuál pudo haber sido esa travesura?

“¿DÓNDE ESTÁ MI ESCUELA 10?”

Una palabra, un sentir –la nostalgia– recorre el texto. Esa palabra, ese sentir, aparece desde el comienzo y no se aquieta más; sigue y queda como un sonido sin término en la pregunta final.

El comienzo: “La escuela en la que hice mis estudios primarios se llamaba la Escuela N° 10, la Escuela Superior de Hombres N° 10. Ya adulto, fui a verla. No está. No es que la hayan refaccionado. No, no está”.

El final: “¿Sabrá la gente lo que hace cuando saca una escuela entera de su lugar?”.

La palabra “nostalgia” tiene un étimo griego -“nostos”- que significa “regreso”. La nostalgia es un afán de regreso a lo que se ha amado y no se tiene.

El hombre que aparece en el texto no se queda en la sola permanencia del recuerdo; decide ir directamente al encuentro con esa escuela básica que llegó a querer.

Él ciertamente sabía que el tiempo no pasa sin hacer nada en la vida de las cosas. No ignoraba que esa escuela tan amada por él no iba a permanecer igual a aquella de la cual se había alejado: serían otros los niños, enseñarían otros profesores, habría arreglos en los baños, en las salas, en los patios. Tal vez ya no quedaba nadie que lo reconociera y no le sería fácil caminar por todos los sitios y lugares de la escuela con los que anhelaba dialogar. Quizás el canal que pasaba bajo las tablas de su sala de clases ya hubiese sido llevado a otra parte.

Por eso, la terrible noticia de la ausencia. Por eso, la ira ante el despropósito de que una escuela, con el mismo nombre, se había levantado varias cuadras más allá.

Su escuela lo esperaría en la calle y en el punto en que se produjo la separación. Y no estaba.

¿A dónde se habría ido con sus murallas de ladrillo? ¿Cómo se habrá llevado los jardines y las rejas de las ventanas? Costará dar con ella; pero, en alguna parte tiene que estar.

“LA LECTURA QUE BUSCABA EL JARDINERO”

El recuerdo de las enseñanzas del jardinero Felipe me viene cada vez que un texto escrito me sorprende. Me acuerdo del jardinero y me digo: “Estás haciendo hablar las letras; pero no estás entendiendo lo que dicen”.

Otras veces me pregunto: ¿No será que estás leyendo una historia y quieres quedarte con esa historia sola?

En ocasiones me doy cuenta de que no estoy entendiendo cabalmente un texto y, por ello, siento molestia. Después me acuerdo: “Todo pide tiempo y ese tiempo no se puede saltar”.

Un día, con un grupo de campesinos, escuchábamos, a una cantora, tocar su guitarra. El silencio era total. Lo mismo pasaba con la emoción. De pronto alguien no aguantó más y dijo: “Esta mujer no sólo hace que la guitarra suene bien; esta mujer hace hablar la guitarra”.

Tal vez lo mismo pase con las palabras que leemos y con las palabras que escuchamos.

Hay quienes, al hablar o al escribir, hacen sonar bien las palabras. Las oímos y nos deleitamos. Y hay quienes, al hablar o al escribir, hacen que las palabras, a nosotros, nos hablen.

Cuando esto último pasa, quien escucha o quien lee no puede evitar que el alma de pronto le grite: “Éste que habla o que escribe no sólo habla o no sólo escribe bien; éste hace hablar las palabras”.

“SABER LEER”

El lector está en presencia de un diálogo en el que un niño comunica, a una persona en quien confía, que él no sabe leer.

El consejero lo pone ante una primera prueba. Escribe en el suelo “El trigo crece”. El niño pasa sin problemas la prueba e insiste en que no sabe leer. Parece decir: ¿de qué sirve saber que el trigo crece si no se sabe qué es lo que le pasa al trigo cuando crece?

El consejero toma un camino. Le pregunta al niño por el conocimiento que tiene de la planta llamada “trigo” y por el conocimiento de aquello a que alude la palabra “crecer”.

Y aquí se encuentra con nuevas sorpresas: el niño no sólo conoce el trigo sino que, juntamente, lo ama, lo admira, agradece su participación en su propia vida de niño. De su “espiga tibia, clara, como tarde de sol”, no sólo viene el entendimiento, la belleza, el afecto; viene también el pan, el pan de cada día.

En cuanto al crecimiento de ese ser amable, hermoso, el niño comparte la visión de su consejero acerca de las ayudas que el trigo recibe desde afuera. Pero él quiere oír que, en lo fundamental, el trigo crece por su propia voz, por el llamado a ser lo que en su interioridad pugna por encontrar expresión, por el llamado que, desde adentro de sí, pugna por ser él mismo; y no sólo para sí mismo, sino, juntamente, para el servicio de la vida de los demás.

Y, cuando a partir desde esta última declaración, el consejero entiende que el niño realmente sabe leer y así se lo declara, se encuentra con una última afirmación del niño: que se lee mejor, que en verdad se lee, cuando se conversa con otro lo que se ha descubierto en lo leído.

Las intervenciones del niño conducen siempre a una mirada sobre las palabras y sobre las cosas que va más allá de su inmediato entendimiento. Él busca ir más adentro y más arriba. Él percibe la lectura como un acto de contemplación. Él percibe la lectura como una busca de sabiduría.

En verdad, el niño que dijo que no sabía leer va hacia el mundo de las palabras y va hacia el mundo de los seres humanos y al mundo de todos los seres de la naturaleza, en la actitud de quien advierte que, en todos esos diversos mundos, no sólo existe lo que, en ellos, a primera vista se ve, sino, más que nada, lo que en ellos se guarda y que sólo entregan a quien se les aproxima con ese largo y contenido afecto que exige lo admirable.



Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas